

III

LA BAJA EDAD MEDIA

1) LA CRISIS DEL ORDEN MEDIEVAL

Las postrimerías del siglo XIII señalan a un tiempo mismo la culminación de un orden económico, social, político y espiritual, y los signos de una profunda crisis que debía romper ese equilibrio. Quizá sea exagerado ver en las cruzadas el motivo único de esa crisis, que sin duda puede reconocer otras causas; pero sin duda son las grandes transformaciones que entonces se produjeron en relación con ellas y en todos los órdenes las que precipitaron los acontecimientos.

No es difícil advertir la trascendencia que debía tener en el seno de la sociedad feudal la aparición de una nueva clase social dedicada a la producción manufacturera y al comercio, concentrada en ciudades, y elaborando en el trajín cotidiano una concepción de la vida que difería fundamentalmente de la que representaba la antigua nobleza. Esa clase surgió como un desprendimiento del orden feudal, coexistió con él durante mucho tiempo y pareció desarrollar una actividad compatible con sus reglas de vida; pero en el fondo socavaba su base y en cierto momento precipitó la declinación de toda su estructura.

En efecto, la burguesía había comenzado a formarse con desprendimientos del colonato, cuyos miembros buscaban condiciones de vida más favorables en el comercio o en el libre ejercicio de sus oficios. Agrupados en las viejas ciudades o en otras nuevas que fueron surgiendo, los burgueses acumularon muy pronto recursos suficientes como para poder, algunos de ellos, organizar empresas de largo alcance. Vastos talleres producían diversos artículos en cantidades suficientes como para exportar, y sólidos mercaderes podían dedicarse a la importación de toda clase de objetos, sobre todo de lujo, para satisfacer nuevas exigencias que iban apare-

ciendo en las clases acomodadas, tanto señoriales como burguesas. El desarrollo económico fue de tal importancia que hubo un activo comercio de dinero sobre la base de instituciones bancarias con ramificaciones en diversas ciudades europeas, muchas de las cuales eran prósperas a fines del siglo XIII.

La aparición de sólidas riquezas muebles debía traer consigo una disminución del valor económico —y luego social— de la riqueza inmueble, que constituía el patrimonio fundamental de las clases privilegiadas. Por esa causa comenzó a insinuarse poco a poco un conflicto entre la nobleza y la naciente burguesía que, si al principio pareció insignificante, cobró luego notables proporciones debido al decidido apoyo que la monarquía prestó a los burgueses. La nueva clase que se constituía creaba al nacer una nueva y vigorosa estructura económica que no podía dejar de provocar toda suerte de trastornos en el orden vigente. Si la nobleza vio menguar sus posibilidades muy lentamente, la burguesía misma sufrió en sus primeras etapas numerosas convulsiones que, por extensión, alcanzaban a todo el conjunto social. Ante todo, la deserción de los trabajadores rurales, atraídos por las ciudades, debía causar serios trastornos en la producción, de los que resultaron terribles periodos de escasez. También los había habido antes, ciertamente, pero fueron más fácilmente remediables pues la autonomía económica de las diversas áreas podía localizar sus consecuencias y proveer los medios de remediarlos con sus propios recursos. Ahora, en cambio, con las nuevas y numerosas concentraciones urbanas, el problema se agravaba, pues se sumaban al peligro de la escasez las múltiples deficiencias técnicas en el transporte y la distribución. Lo mismo ocurrió con las epidemias, provocadas seguramente por la insalubridad de las ciudades superpobladas, por lo menos en relación con la exigüidad de las comodidades.

Estas repercusiones de la profunda transformación económica que se operaba no fueron, sin embargo,

únicas. En el aspecto social, y fuera de los rozamientos producidos entre la nobleza y la burguesía, se manifestaron otros fenómenos de no menor gravedad. Porque, en efecto, la naciente burguesía se constituía como resultado de un proceso múltiple y variadísimo, y presentaba como conjunto una extraordinaria heterogeneidad. Muy pronto se esbozaron en ella grupos diferenciados, que provenían de la rápida concentración de las fortunas en algunos y de la situación de inferioridad en otros, frente a ellos, quedaban los de fortunas medianas y pequeñas. Siguió a esta progresiva diferenciación numerosos conflictos sociales y políticos, que interfirieron las relaciones de la burguesía con los señores feudales y los reyes, pues cada uno procuró aprovechar esos conflictos buscando apoyo en uno u otro bando de los que contendían. Sólo al cabo de mucho tiempo la burguesía llegó a definirse como un grupo social compacto, dejando por debajo de ella a los trabajadores asalariados y enfrentándose abiertamente con la nobleza en la lucha por el predominio económico primero y el predominio político después. Puede decirse que, en cierto sentido, la monarquía fue cediendo cada vez más —a medida que se hizo más centralista— a la presión de la burguesía para transformarse en su protectora primero y en su representante después.

Porque la crisis económico-social entrañaba, naturalmente, una crisis política que se hizo visible desde el primer momento. Si la monarquía feudal parecía compatible con cierto orden de cosas, la aparición de nuevos elementos sociales y económicos desató en la corona la aspiración al centralismo y permitió entrever la posibilidad de alcanzarlo mediante una transformación de su base de sustentación. Hasta entonces, los reyes no eran, en general, sino señores feudales con algunas prerrogativas formales y la autoridad de hecho que les confería su fuerza personal como señores. Tanto para la política interior como para la exterior, dependían de la buena voluntad de sus vasallos, de su apoyo mili-

tar y de su asentamiento. Si se trataba de la política interior, la defensa mancomunada de sus privilegios unía a la nobleza contra la corona, de modo que la autoridad real apenas se ejercía sino a favor del aprovechamiento de rivalidades y querellas sabiamente explotadas; y si se trataba de política exterior, los vínculos feudales solían constituir un obstáculo insalvable para realizar acciones decididas. Esa falta de libertad de acción movió a la monarquía a aceptar el concurso de la naciente burguesía como un instrumento útil en su duelo con la nobleza.

La naciente burguesía, en efecto, tenía a la nobleza como un enemigo natural. En las ciudades, el conde o el obispo en cuya jurisdicción se levantaba solía imponer tales trabas al desarrollo de la actividad económica que mataba toda posibilidad de desarrollo; y en la medida en que éste se producía, los rendimientos que los burgueses obtenían se veían disminuidos por la torpe política de los señores que no atendían sino a su provecho inmediato, sobre todo porque se negaban a facilitar una expansión y un intercambio que, excediendo los límites del señorío, comprometían su autoridad. De allí provino la hostilidad entre la naciente burguesía y la nobleza que la expoliaba, ahogando sus previsibles posibilidades. La monarquía, en cambio, entreveía la posibilidad de transformar su situación si apoyaba a esa nueva clase social y económica. Podía, ante todo, fomentar la discordia en el seno de los señoríos; podía luego amparar a los burgueses y crear situaciones de hecho que no harían sino beneficiarla; y podía, finalmente, contar con el auxilio económico y militar de las ciudades tanto en su duelo contra la nobleza como en aquellas empresas exteriores para las cuales dependía exclusivamente hasta entonces del apoyo de sus vassallos. Así se vieron aparecer las cartas y fueros concedidos a las ciudades, asegurándoles cierta libertad que permitiría su desarrollo económico, la organización de un régimen de impuestos pagados a la corona, de

que se nutriría ahora el tesoro real, y la formación de ejércitos mercenarios, que permitiría a los reyes prescindir del concurso militar de sus vasallos. Todos los elementos para la organización de un poder centralizado le eran proporcionados, pues, por esta nueva clase social a los reyes ansiosos por sustraerse a la dependencia en que se hallaban.

Así se comenzaron a insinuar las monarquías nacionales en los albores de la baja Edad Media. Como antes los feudos, los reinos aspiraban a ser ámbitos cerrados tanto en lo económico como en lo político, en los que la soberanía residía de modo incontestable en el rey. Si la aparición de la naciente burguesía permitía a los reyes someter poco a poco a la nobleza, la crisis en que se precipitaba la Iglesia habría de permitirles sacudir la autoridad que, desde fuera, pretendía ejercer el papado. Las numerosas herejías, el descrédito del clero y un despertar lento y firme de cierta concepción naturalística de la vida comprometían la vigorosa posición que la Iglesia había obtenido hasta entonces. El pontificado de Bonifacio VIII (1294-1303) señala al mismo tiempo una culminación y una crisis. Llegado al punto más alto de sus aspiraciones, inmiscuido en los conflictos políticos de la época, el pontificado arremetió contra Felipe el Hermoso de Francia, acaso el más decidido de los reyes, el más consciente de la transformación que se operaba en el orden político. Bonifacio VIII sucumbió, y con él la política que representaba. Poco después la Iglesia caía en un profundo y terrible cisma, y desaparecía como potencia superpuesta por sobre los ámbitos nacionales configurados por las robustecidas monarquías.

2) FRANCIA E INGLATERRA DURANTE LA GUERRA DE CIENTO AÑOS

Después del tratado de París (1258), Francia e Inglaterra entraron en una era de organización interior